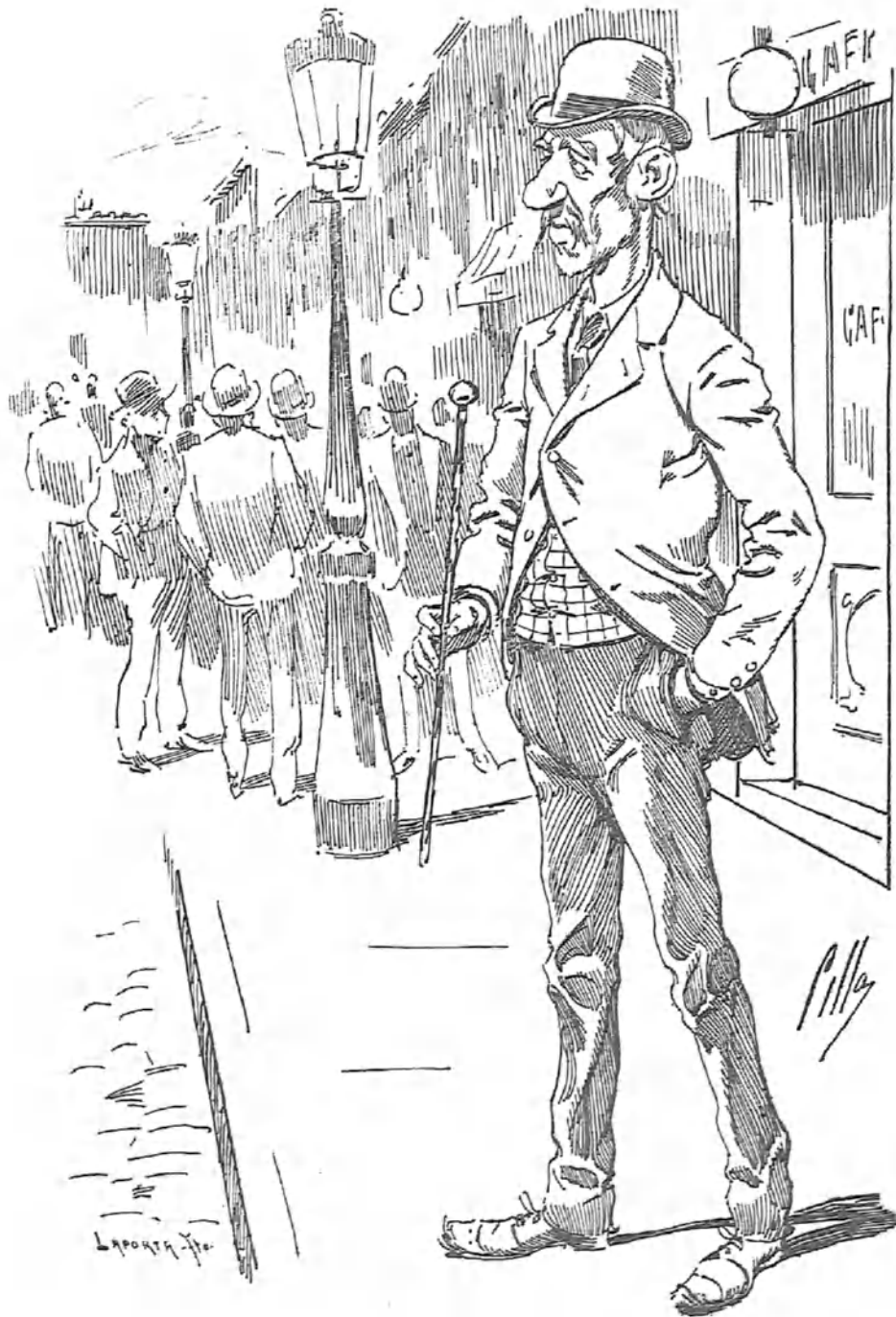




Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Punto estratégico.



—¿Que pasa una muchacha bonita? La pido relaciones. ¿Que pasa un conocido? Le pido tres pesetas cincuenta céntimos. ¿Que pasa el nuncio? Le pido la bendición apostólica...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El terrible mañana, por Juan Pérez Zúñiga.—El Padre Florentino, por José Estremera.—La nueva Celestina, por Eduardo Bastillo.—La ley del embudo, por Sinesio Delgado.—Memencia, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—La montera, por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Punto estratégico, por Cilla.—El Padre Florentino (tres viñetas), por *Mecachis*.—En el teatro, por Cilla.—Una boda vista por abajo (dies y seis viñetas), por *Mecachis*.—Una vara en su sitio.—La primavera.—España cómica (Barcelona).—Palabras mayores, por Cilla.

*

DE TODO UN POCO

No, no decae la afición al velocipédo.

Desde que cesaron las lluvias, han vuelto á salir á luz los biclos, atropelladores de transeuntes, y las raudas bicicletas, enemigas mortales de la tranquilidad pública.

Antes eran pocos los que se dedicaban al velocipédo, pero hoy muchas personas mayores hacen ensayos en su casa con ayuda de la familia. Conozco un respetable senador por derecho propio, que ha comprado una bicicleta para andar por el pasillo, y se pasa el día haciendo pruebas y dándose golpes contra las baldosas.

Da lástima ver cómo tienen el cuerpo esos jóvenes que hoy dominan el vehículo y ganan premios en las carreras. Casi todos ellos han sido víctimas de su arrojo, y puedo asegurar que uno de nuestros primeros *sportsmen* tiene los brazos llenos de nudos, como las ceñas de Filipinas. Le vi lavarse en cierta ocasión y no pude menos de decirle:

—¿Esos bultos son de nacimiento?

Y me contestó:

—¡Qué! Éstos los he ganado en diferentes caídas.

Hay joven velocipedista que no deja el vehículo mas que para meterse en un baño de árnica ó para escribirle cartas á la novia. El resto de su existencia se lo pasa montado, y no hay botas que le basten ni calzoncillos que le duren arriba de una semana.

Es lo que tiene el velocipédo: los primeros días se cae uno encima de los adoquines, pero después el cuerpo se acostumbra y acaba por caer encima de los transeuntes, que siempre son más blandos. El asunto estriba en conseguir contener la velocidad de la máquina, á fin de que no ocurran disgustos, como el que pasó el chico de las de Palgnilla.

Una tarde montó en la bicicleta frente á la iglesia de San Sebastián y no pudo contener la marcha hasta la estación de las Delicias, ya allí, penetró por una de las ventanas del café y fué á embestir contra el mostrador, después de estropear á un mozo y á la cuñada de un viajero procedente de Castuera.

Total: veinticinco duros de roturas y de cuñada.

* * *

El cólera de Portugal trae soliviantados á muchos sujetos aprensivos de suyo.

Dícese que el Gobierno español adoptará precauciones, pero antes las han adoptado muchos vecinos de la corte renunciando á las hortalizas y dedicándose á las fricciones en seco.

El ronquido es un síntoma terrible, y hay esposo que pregunta á su cara mitad todas las mañanas:

—Micaela, ¿me has oído roncar esta noche?

—Sí, Bruno; parecías, mal comparado, un gorrino joven, cuando se queja.

—Pues dame unas fricciones en el cuello para que se desobs traye.

Hay quien se hace limpiar por dentro todas las mañanas como si fuera un tubo, y más de una señora de poco valor personal llama á la criada y le dice:

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Estoy barriendo el gabinete.

—Pues déjalo todo.

—¿Por qué?

—Porque tienes que limpiar el esófago del señorito.

* * *

El triunfo de Novelli trae preocupados á algunos artistas españoles.

—Aquí se aplaude todo lo extranjero—gritan.—Al Teatro de la Comedia acude la aristocracia, empezando por las personas reales, y el arte nacional sucumbe.

No les falta razón para quejarse; excepción hecha de uno ó dos testros, los demás arrastran una existencia triste, y los actores tienen que contratarse por lo que quiera el empresario.

—Yo debía ganar 17 duros—me decía un primer actor retorciéndose los puños—y sólo me dan 50 reales y un beneficio figurado. ¿Y sabe usted por qué gano tan poco? Porque no sé adular á las empresas ni soy como otros, que se meten en casa del empresario y le ayudan á desesterar y van á comprarle el postre á la frutería. Á mí me ha puesto la prox la dama, porque en el viaje que hicimos á Huesca tuve unas palabras con su madre sobre un poco de merluza que les faltó y creía que se la había comido mi señora. ¡Ay! ¡No sabe usted cómo está el teatro!

Ciertamente que el teatro anda mal, y los cómicos no se diga.

Hay primeros galanes y primeros barbas y primeros graciosos que carecen de ajuste y no comen, ni fuman, ni hacen nada absolutamente, como no sea pararle á uno en la calle de Sevilla y decirle con acento lúgubre:

—¿Cuándo creará usted que hice la última comida formal?

—¿Ayer?

—No, señor; el día de Jueves Santo por la noche. Desde entonces acá no como más que fruta, porque tengo una frutera que es paisana mía y me protege. ¡Después querrán que uno tenga modales distinguidos en las tablas y que declame con naturalidad, como Novellil...

* * *

La paciencia del hombre llega á realizar verdaderos prodigios.

Díganlo si no los perros de Parish, que tocan como puede hacerlo el más acreditado murguista. Hoy son los perros musicales, mañana será un besugo que haga *crochet*, ó un salmonete que escriba zarzuelitas.

—Hay animales que parecen personas—me decía una vinda que vive rodeada de hijos.—Tengo una gata tan delicada que no quiere comer la cordilla como no se la gutsen antes. Cuando se me murió un tío á quien adorábamos las dos, la pobre se puso tan triste que tenía yo misma que sacarla al tejado para que se distrajera con los gatos de su edad.

Estoy por decir que hay animales más inteligentes que algunos ministros de la corona.

Y no aludo á nadie.

Luis Taboada.

*

EL TERRIBLE MAÑANA!

Oí la conversación que hubo ayer en el portal de mi casa, entré un peón de albañil y un oficial.

—Cállate, que me desmayo con las cosas que me dices. —Desde el primero de Mayo vamos á ser muy felices; porque va á llevarse el viento toda el régimen social, y vendrá el desquiciamiento del diluvio universal.

—Eso es hablarme en latín. —Pues la cosa es muy sencilla. Quiero decirte que al fin se va á volver la tortilla.

El amo será criado, y el que es pobre será rico. —¿De veras! A tí te han dado mucho jarabe de pisco.

—No tal. El día primero me como yo la asadura del casero, y el casero será entonces este cura.

Verás amasando cal al marqués del Arrebol y al vizconde de la Sal machacando piedra al sol.

Verás á algún magistrado segar la mies en estío y á la duquesa del Prado lavar mi ropa en el río.

Verás al conde de Alenza cando al fuelle de una fraga y al obispo de Sigüenza conduciendo cabas de agua.

Verás vendiendo pucheros

al general Palomino y á los actuales banqueros haciendo bancos de pino.

Verás con gorra y chaqueta más de un ministro y de dos, tocando la pandereta por esas calles de Dios.

¡Cuántos que hoy son senadores han de servir para ser cachazudos conductores de carruajes de alquiler!

¡Y cuántos sistemeros que andan hoy en carretela venderán luego pepinos ó bizcochos de canela!

Mientras el cambio no cuaje, harán resistencia, pero

¿para qué sirve el coraje que da Dios al jornalero?

Como es justo que no gima bajo el peso del trabajo, mañana estarán encima los que hoy se encuentran debajo.

—Tú y yo ¿estaremos también encima?

—Claro que sí.

—¿Y sabes tú sobre quién me tocará estar á mí?

—Sobre el marqués de la Fusta caerás despiadadamente.

—¿Y tú?

—¡Sobre la robusta condesa que vive enfrente!

.....

(Y contento el oficial

y resignado el peón,

salieron de mi portal

en busca de peleón.)

Juan Pérez Zúñiga.



Aún no habían dado las cinco de la mañana, ni empezado á despuntar la aurora, cuando el Padre Florentino abandonaba el lecho y se disponía á encaminarse á la iglesia, para decir la misa de alba, y dedicarse después á confesar á los muchos feligreses que eran sus hijos en el tribunal de la penitencia.

El Padre Florentino era el primero que se sentaba en el confesionario y el último que salía de él, porque tenía tal fama de bondadoso, persuasivo y elocuente, que sólo á su confesionario acudían más penitentes que á todos los de los demás sacerdotes de aquella parroquia.

En cuanto estuvo vestido, pasó de puntillas á un cuarto inmediato al suyo, donde había una camita dorada, con colcha y colgaduras guarnecidas de encajes, en la que dormía un niño de seis años parecido á algunos de los ángeles que rodean las *Concepciones* de Murillo.

—¿Ha habido alguna novedad?—preguntó en voz muy baja el sacerdote á una vieja que, sentada en una silla baja y dando cabezadas, velaba el sueño del niño.

—Buenos días, señor—dijo la vieja, que medio dormida se puso de pie como sobresaltada y sin haberse dado cuenta de la pregunta de su amo.

—¿Ha dormido bien?—volvió á preguntar el padre.

—¡Ah! Sí... sí señor; hace dos horas que no se ha movido. Ya no debe usted tener ningún cuidado; el niño ha echado fuera todo el mal, y verá usted cómo antes de ocho días vuelve á echar aquellas pantorrillas que tenía antes.

—Dícs lo haga así—dijo el cura dando un suspiro, é inclinándose sobre la camita, dió un beso tan suave en la frente del niño que apenas rozaron sus labios la piel del angelito.

—Adiós, Ramona—dijo, y salió de la habitación con grandes precauciones para no hacer ruido.

La juventud del Padre Florentino había sido borrascosa. Huérfano de padres nobles y ricos, se vió en edad temprana dueño de su persona y de una fortuna grande y saneada que manejaba un curador débil y complaciente. Fué un Salomón en lo mujeriego, un Noé en lo bebedor y un Hijo pródigo en lo liberal. Las mujeres le hubieran odiado por voluble y olvidadizo si le hubiesen querido por algo más que por generoso; pero las que solía tratar le perdonaban aquel defecto en gracia de esta virtud.

Tan bien había salido siempre de todas sus aventuras amorosas, que solía decir que no había mujer que le *pusiera*, porque él sabía escurrirse como una anguila merced á su frialdad é indiferencia.

Pero aun contra esas anguilas tienen garlitos algunos mujeres, y para Florentino le tuvo Rafaela.

Era una de esas muchachas que, según ellas dicen, han nacido para ser buenas; pero que tienen la desgracia de que el hombre que les inspira el primer amor, siempre casto y puro, sea un bribón que las seduce y las abandona á las iras de los padres, que, sabedores de la deshonra de la niña é indignados con ella por la mancha que ha echado en sus nobles canas, la plantan en medio del arroyo con poco más de lo puesto.

Al principio Florentino no hizo más caso de la historia de Ra-

faela que había hecho de las de sus predecesoras; pero la muchacha no se parecía á las que él había tratado hasta entonces. Era cariñosa, modesta, tímida y amiga del ahorro y de las faenas domésticas. Vestía con suma sencillez, salía poco y rara vez manifestaba deseo de ir á diversiones.

Florentino empezó por extrañar la morigerada conducta de su amante, la aplaudió luego; y como se encontraba muy bien junto á aquella muchacha, que le atendía y mimaba como ninguna lo había hecho, fué aficionándose á la vida tranquila, se encontró bien dentro de casa, y poco á poco fué queriendo muy de veras á aquella compañera de algunos de sus días.

Con esto desperdiciaba ocasiones de gastar, y su fortuna, algo quebrantada, comenzó á reponerse y á crecer el cariño que iba teniendo á Rafaela.

El cual subió de punto cuando vinieron á turbar el silencio de aquella casa los chillidos y el llanto de Rafaela, un niño precioso que quiso darles... el diablo, porque no creo que sea Dios quien conceda la maternidad á ciertas mujeres.

El chiquillo acabó por transformar por completo al calavera en hombre arreglado y aficionado á la vida doméstica. Entonces sintió el segundo amor verdadero, más puro, más grande y más noble y desinteresado que ningún otro. Todo su porvenir lo vió cifrado en aquel pequeñuelo, y el cariño que tenía á la madre creció mezclándose con el agradecimiento.

Crecía el chico haciéndose cada vez más hermoso, y crecía en la misma proporción el cariño del padre. La felicidad parecía haberse entrado en aquella casa de tal modo que Florentino, para que no se le fuera nunca, pensó en legalizar su situación casándose con la madre para legitimar el hijo. Pero un día, antes de participar sus proyectos á Rafaela, ésta desapareció de la casa, llevándose cuantos valores, alhajas y dinero hubo á la mano y que constituían la mayor parte de los bienes de Florentino, que, convencido de la fidelidad de su amante, la había hecho depositaria de todas las llaves de la casa.

La impresión que le produjo la infamia de aquella mujer fué muy honda; pero de ella se consolaba con el niño, á quien desde entonces hizo dueño absoluto del mucho amor que aún le quedaba en el alma.

Cada beso que daba á aquel angelito parecía una maldición lanzada contra la madre. ¡Qué corazón de hiena tendría aquella mujer que le había dado valor para abandonar á tan hermosa criatura!

Aquel terrible golpe sumió á Florentino en una mortal tristeza que le hizo huir de las gentes y que fué transformándose poco á poco en una especie de misticismo que le hacía amar la vida austera y contemplativa. Sólo se animaba mirando á Rafaelito, que estaba cada día más hermoso y que sorprendía á todos por sus gracias y su precoz inteligencia.

La natural inclinación á la vida ascética que había adquirido hasta entonces, se convirtió en verdadera vocación religiosa merced á las íntimas relaciones amistosas que había adquirido en aquellos tiempos con un sabio y ejemplar prelado deudo suyo, el cual acabó por decidirle á que recibiera las órdenes sacerdotales; y, en efec-

to, al poco tiempo, el famoso calavera se convirtió en el virtuoso Padre Florentino, el confesor predilecto de los humildes y de los limpios de corazón.



Sin embargo, su cariño á Rafaelito crecía siempre; tanto que empezaba á sentir remordimientos de conciencia porque solía dedicar á su cuidado un tiempo que á veces robaba al cumplimiento de su deber.

Cayó el niño enfermo, y el padre no se separó de su lado hasta que vió asegurada la convalecencia.

Por eso aquella madrugada entró en el cuarto del niño antes de ir á decir su misa de alba. El cariño de padre exageraba el peligro, pues, aunque todavía débil, Rafaelito había recobrado la salud por completo.

Un día en que estaba el Padre Florentino en el confesonario, esperando la llegada de sus hijos de confesión, vió que se aproximaba al confesonario una mujer elegantemente vestida con un rico traje de gro negro adornado con flores de azahar, como de novia.

El corazón se le subió á la garganta, donde le pareció que iba á ahogarle con sus latidos, y un mortal escalofrío corrió por todo su cuerpo. Aquella mujer era la infame Rafaela.

Instintivamente se subió cuanto pudo el cuello del manto para no ser reconocido, pero su emoción y su asombro crecieron infinitamente al ver que ella se arrodillaba junto á la rejilla del confesonario y comenzaba á murmurar el *yo pecador*.

En aquel momento Florentino no supo darse cuenta de lo que le sucedía; pensó levantarse y huir, pero al cabo la fe del sacerdote se sobrepuso á la pasión del hombre, imponiéndole el deber de sufrir el martirio que le esperaba.

Martirio que fué mucho mayor de lo que él creía. La penitente, que no había reconocido al confesor, conmovida por la solemnidad del acto que le esperaba y como sobrecogida por cierto terror religioso que hasta entonces no había sentido, presentó al sacerdote su alma sin la máscara que la ocultaba en el mundo. Le refirió toda su historia, que era mucho más infame de lo que él sospechaba, y al llegar á la época de sus relaciones con Florentino dijo:

—El niño que adoraba aquel infeliz que me dió su amor y su

confianza, y á quien yo despojé de casi todos sus bienes, aquel hermoso niño á quien él debe de querer aún como quizá no haya querido ningún padre... ¡no es hijo suyo!

El sacerdote no oyó el resto de la confesión. Su primer impulso fué arrojarse sobre aquella mujer y estrangularla con sus propias manos...

Pero la fe religiosa venció en aquella horrible lucha, y haciendo un supremo esfuerzo, recobró un tanto de calma, y con el valor del mártir murmuró la fórmula de la absolución, de cuyas palabras se destacaron claras y distintas las solemnes y piadosas de *Ego te absolvo...*

Cuando Rafaela se retiró del confesonario, el sacerdote, que había ya cumplido con su deber, acordándose del niño que hasta entonces creyó hijo suyo, sintió que se apoderaban de él todas las pasiones del hombre y abandonó precipitadamente el confesonario, con gran asombro de los penitentes que estaban esperando turno, y sin entrar en la sacristía ni inclinarse al pasar frente al altar mayor, salió á la calle y con paso rápido se dirigió á su casa.

Al subir por la escalera oyó los alegres gritos del chiquitín que jugaba con la vieja, y se paró un momento como para tomar aliento. Agarróse á la barandilla para no caer, y con el pañuelo se enjugó el sudor frío que corría por su frente.

Signió hacia arriba y cuando llegaba al piso segundo vió que se abría la puerta de su habitación y que salía el niño saltando alegremente y diciendo con voz argentina y angelical:

—¡Papá! ¡papá!



Florentino se detuvo un momento y, arrojándose luego sobre el niño, le levantó en sus brazos y besándole locamente le estrechó en ellos murmurando entre sollozos:

—¡Hijo mío!... ¡mío!... ¡Hijo de mi alma!

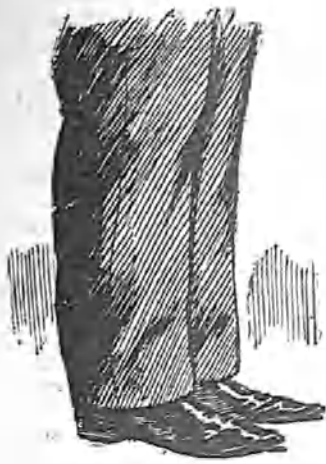
José Estremera.

En el teatro.

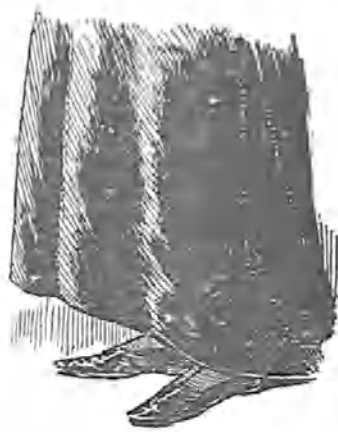


«El acto en que acometen con estacas los plebeyos al conde, y muere entre ellos, tiene un final que eriza los cabellos...»
(Pero no en esta fila de butacas.)

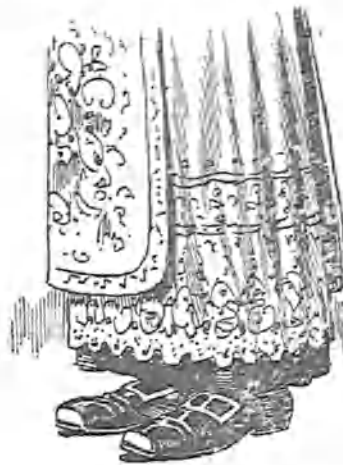
UNA BODA VISTA POR ABAJO.



El novio.



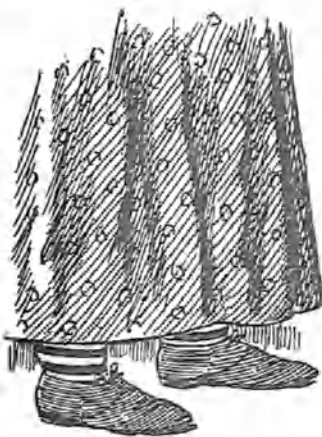
La novia.



El señor cura.



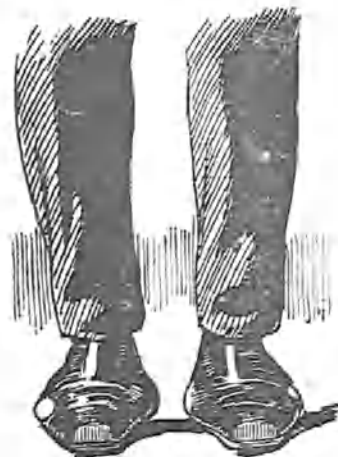
El padre del novio.



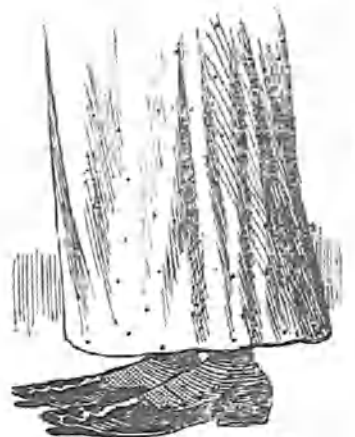
La madre del novio.



Un testigo que tiene mala pata.



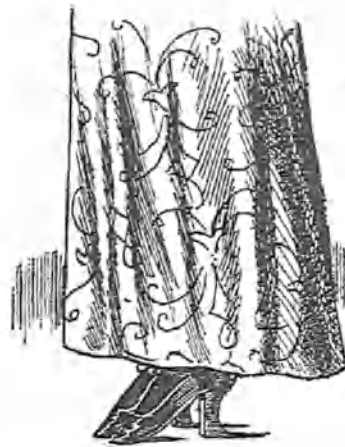
Otro que no la tiene muy buena.



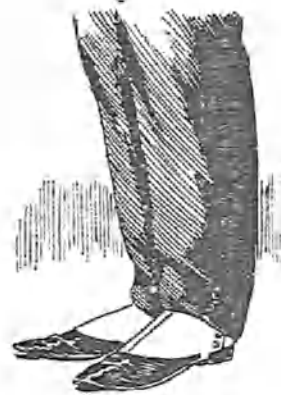
El aya de la novia.



El padrino, buen mozo.



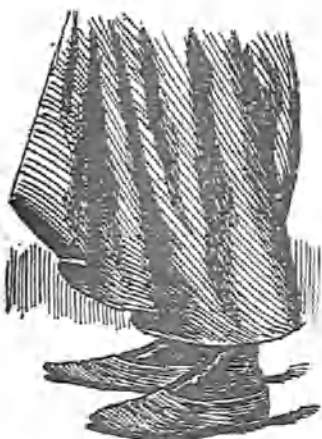
La madrina, chiquita y graciosa.



Un convidado de parte de la madrina.



El que va á decir los chistes.



La que crió al novio.



El que tocará el clarinete.



Los que desearán á los nuevos esposos todo género de felicidades.



Alcarriz

L. J. G.

LA NUEVA CELESTINA

Nada de la quintaña
que conocemos nosotros
por novelescos relatos
y por romances jocosos.

Nada de la horrible vieja,
trasunto ya por el rostro
de esas aves de rapiña
de pico afilado y corvo;
bruja que, en ajenos vicios,
buscando el provecho propio,
cobraba sus tercerías
en servicio del demonio.

Aunque en el mismo servicio
y por su provecho solo
trabaja esta Celestina
que de cuadros de ahora copio,
yo por vieja no la tengo,
que aún, en floridos despojos,
recuerda su primavera
la que ha entrado ya en su otoño.

Que es virgen piensan algunos,
que es rinda lo saben pocos,
y yo sé bien que hizo un mártir
del que ella llamaba esposo.
¿Se avezó á vivir con fausto,
no halló á sus caprichos coto,
ni embarazos tuvo nunca
para cumplir sus antojos.

Consumió á un marido flaco
y un capital que era gordo;
y se metió, ya sin casa,
en las casas de los otros.

Como mucha labia tiene
y sabe lucir su arrojito
y dirige á maravilla
conciertos de matrimonios,
en sus altas relaciones
goza un crédito asombroso,
y come muy bien de gorra
y viste mejor de monio.

Donde halla linda doncella
y viejo de muchos fondos,
¡cuál zurce la embajadora
sus notas para el bodorio!

¿La niña resiste? Vencela
con perspectivas del oro.
¿Que él se escama? Prende fuego
donde no hay ya ni rescoldo.

Y llega, entre viejo y niña,
á un arreglo de ambos novios,
pues decir de ambas potencias
fuera extremar lo hiperbólico.

Y no acaban sus oficios
en donde empieza el consorcio,
pues, si hay que amparar pecados,
de uniones tales tan propios,
la que fraguó el contubernio
también será Galeoto
que al fin despierte en la esposa
los caprichos deshonorosos.

Y así vive, y así bebe,
goza, triunfa y luce moños,
tan graciosa Celestina
de estos tiempos tan graciosos.

Eduardo Bustillo.

LA LEY DEL EMBUDO

¿Tiene usted un carácter suave,
blando, dulce y expansivo
que nunca encuentra motivo
de abuso ni ofensa grave?

Pues abusará la gente
sin tregua ni miramiento
por ese convencimiento
de que es usted complaciente,
y usted aguantará, por gusto
de demostrar su paciencia,
el desdén, la impertinencia,
la envidia y el odio injusto.

¿Es usted, por el contrario,
dominante, pendenciero,
egoísta, rudo, fiero,
y altivo y atrabiliario?

Una vará en su sitio.



—¡Qué excelente lámina tiene! Debe ser de muy buena ganadería...
Pero nunca pasa del «vaya usted con Dios, pimpollito rico,» y eso no es
rematar la suerte ni cosa que lo valga.

La primavera.



—Todo florece y fructifica... ¡Oh, qué hermosura! Y aquélla me
dijo que solía venir por aquí á paseo y llevo dos semanas esperán-
dola en balde. ¡Creo que me van á salir ramitas de un momento á
otro!

Pues le tratará la gente
con un respeto profundo
y hará usted de todo el mundo
lo que crea conveniente,
encontrará su camino
siempre sembrado de flores
y todos los sinsabores
le importarán un pepino.

¿Es usted en los negocios
fiel, decente, confiado?

¡Pues será usted explotado
gusapamente por sus socios!

¿Es usted un trapacero
sin decoro y con trastienda?
Pues en todo cuanto emprenda
obtendrá fama y dinero.

¿Es usted con las mujeres
falso, traidor y canalla?
¡Pues ganará en la batalla
rico botín de placeres!

¿Es usted en los amores
noble, generoso y bueno?
Pues cuida el jardín ajeno
y otro se lleva las flores.

Porque á las hembras embruja
su propio infernal encanto
y entre un granuja y un santo
prefieren siempre al granuja.

Al que roba, explota ó miente
se le respeta y da tono,
y el hombre honrado es el mono
de todo bicho viviente.

El malo duerme tranquilo,
ningún pesar le sofoca,
y al bueno siempre le toca
tener el alma en un hilo.

Al uno ningún afán
le pone nunca en el potro,
mientras desvelan al otro
los disgustos que le dan.

A éste le ponen la cincha
y todo el mundo la aprieta,
á aquél ninguno le inquieta
ni le ofende, ni le pincha.

Y, en fin, asombra y encanta
la distribución de penas,
porque tocan las cadenas
tan sólo al que las aguanta...

¡Dios prueba á sus criaturas
de ese modo! ya se sabe;
pero es lo triste y lo grave
que, á fuerza de probaturas,

los espíritus serenos
son los que llevan los palos...
y tienen siempre los malos
más fortuna que los buenos!

Sinciso Delgado.

MENUDENCIA

Aunque es Juan recién casado
y es su mujer muy hermosa,
tiene el hombre sus intrigas,
sus líos y sus historias.

Ayer, á cierta barbiana
quiso enviar una joya,
y llamando á la doncella,
que es una arrogante moza
que le sirve de Mercurio
y de tapatrapisondas,

le dijo:—Toma este estuche...
—Ya sé, á la calle de Atocha,
donde llevé el otro día
el abrigo y la capota...

—¡Chis! ¡Más bajo, desdichada!

Pues si te oyera la otra...

—No está en casa.—¡Por supuesto
que tú, mutis!—Yo soy sorda,
y muda, y ciega

—¿De veras?

—¡Tratándose de estas cosas!...

—¿Puedo fiarme?

—¡Por Dios!
¡Que lo diga la señora!

E. Navarro y Gonzalvo.

ESPAÑA CÓMICA.



La montera.

¿Quién no conocía al señor Frasquito? No á Frasquito Montes, á otro del oficio, matador de reses del ramo de chivos. Era un hombre guapo que le daba un chirlo y cortaba al *verbis* hasta el apellido. El terror de Cádiz y espanto de niños. Pues pasó una noche que salió vestido como para juerga, pero de lo fino, «to con aramales,» por fin, muy bonito. Conque á pocos pasos caatro ó seis bandidos, digo, por su cuenta, que era uno solito: —¿Oyosté, compare? dice que le dijo. Largosté la capa, suertosté er borsiyó, y el reló y las prendas,

jasta los botito; pero desegufa, que está er tiempo frío. —¿Eso es una groma? dijo él al amigo. —Eso es un de veras, vayan los dinero y guarde er cachiyó. Conque ayí, en la caye, y sin más abrigo que en calzones blancos, le dejó el mocito, y con la montera, que faé muy cumplido. —Eran cabayeros, luego, por oirlo, le decían todos al señor Frasquito. —¿Qué? —Por la montera. Y él decía altivo: —¿Ha nasfo la mare, siquiera, der guapo infrasquito que me ayegne á mirá la montera?... Le jarta cisco.

Eduardo de Palacio.

CHISMES Y CUENTOS.

«No sabemos ni quién ha ganao, ni quién ha perdío...» como cantan en *La verbena de la Paloma*. Es decir, que á estas horas no se puede jurar que los tratados de comercio, que tanto juego han dado y darán en el Senado, sean perjudiciales ó beneficiosos para la nación. Porque en unos sitios levantan protestas y de los otros llueven adhesiones materialmente. No faltaba más sino que resultara á última hora que tenía razón el Gobierno... Porque la verdad es que tenemos á nuestra disposición un par de docenas de economistas que ¡ya, ya!

La mujer es parecida á un fósforo de Cascante, que pierde, si está encendida, la cabeza en un instante.

SIXTO CELORRIO.

El suscriptor D. Saturnino Gresa, de Aliaga, que pagó el importe de su abono como un hombre, y al cual remitimos con puntualidad el periódico, hace tres meses que no lo recibe, ni á tuertas ni á derechas! Ya sé yo que le gusta á algún empleado de Correos por aquellos andurriales, y es de celebrar que la afición se extienda. Pero... casi me darían ganas de quejarme si supiera que iba adelantando algo con eso.

—Treinta y seis años y pico te lleva tu amigo Pepe, y le choca á todo el mundo que estéis tan unidos siempre. —¡Es natural que así sea! ¡Somos hermanos de leche!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

Atropella un coche á un transeunte y en seguida se dan las órdenes oportunas para que los carruajes vayan al paso por los puntos donde se cree que puede haber peligro.

A las venticuatro horas se respite el atropello y se reiteran las órdenes Y así nos vamos pasando la vida tan ricamente.

Es un fenómeno que se observa desde que hay vehículos, transeuntes y autoridades que ordenan.

Los únicos que no caen en la cuenta son los que van muriendo atropellados. Pero, en cambio, se evitan un riesgo.

El de que los atropellen dos veces.

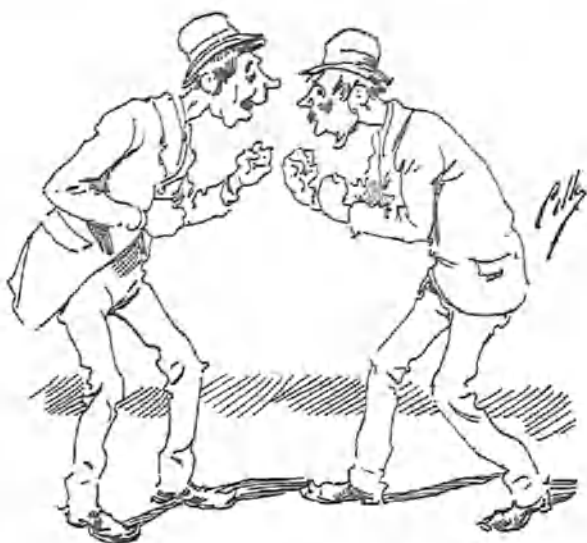
Libros:

Un punto fiápino, juguete cómico lírico en un acto, en prosa y verso, original de nuestro compañero Jackson Veyán, música del maestro Caballero, estrenado con éxito extraordinario en el Teatro Romea.

No S do, romance de D. Eloy García Valero, canónigo y capellán de los Reales Alcázares. Magnífica edición gótica hecha con gran esmero y gusto.

El Sr. D. Eduardo Albadalejo ha tenido la amabilidad, que agradecemos, de remitirnos dos ejemplares de *La España de hoy*, obra importantísima, última producción del Sr. Monner Saus, de Buenos Aires, que demuestra en ella haber hecho un concienzudo estudio de nuestro país.

PALABRAS MAYORES



—¿A que le meto á usted el puño en la boca?
—Y ¿á que aprieto yo los dientes y le hago á usted pupita en los dedos?

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Gringaire.—¿Cómo quiere usted que sea publicable una composición que empieza así?

¡Casi se adivina
en su rostro hechicero
su boquita divina
sus labios retrecheros...»

Estoy por decir que ni en el álbum de la interesada podría pasar, si se me apura un poco.

Abecedario.—Mal hechos entrambos y con repoquísima novedad por añadidura.

Cresta.—¡Qué modo de desbarrar!
La mano en el pecho puesta,
le juro á usted, señor Cresta,
que lo debe usted dejar.

Mintar.—Es bastante mediano el soneto.

Pohut.—La idea es bonita; la forma es la que no me satisface del todo.

Pánfilo.—Como usted comprende, eso no es de *interés general* y no merece la pena de extenderse tanto.

Violón.—Poquita gracia, y de mal gusto desdichadamente.

Rolando.—Es usted de la madera de los críticos... de madera.

Sra. D.^a P. S.—Dispense usted, señora;
no hay en sus versos un defecto grave,
pero son inocentes... ¡como el ave
que dedica sus trinos á la aurora!

Lucifer.—No ¡ay!, digo, no hay que pedir la firma.

Sr. D. J. M. S.—No puedo aprovechar ninguno. Lo de la carreta me parece haberlo visto en otra parte. ¿Lo ha publicado usted ó me lo ha enviado en alguna ocasión?

A. C. íte.—No está bien del todo el soneto, y el asunto es de lo más gastado que se conoce.

Rodajas.—Esta vez tampoco...

El público.—Gracias por todo. En efecto, aquello fué imperdonable.

Gavilán.—Carece de fluidez y soltura, y como eso es lo único que podía y debía tener, dada la insignificancia del asunto...

Sr. D. J. P.—¿Charada? ¡No, por Dios!

Toñino.—¡Que no es ése el camino
de la inmortalidad, señor Toñino!

Sr. D. A. M.—Ya sabe usted lo que nos pasa con los artículos, que tenemos un carro de ellos. Y de todos modos la idea del de usted no me parece apropiada para este periódico... ni se la entiendo á primera vista.

Plomo.—No se moleste usted en escribir todas las semanas, porque así me toque la lotería como es verdad que no pienso contestarle.

R. K. seno.—Sin novedad las humoraditas. Y al primer verso de la primera le falta un par de sílabas, como quien no quiere la cosa.

Trapero.—Pues mire usted, más vale trapero en mano que poeta volando.

Micorona.—Para un álbum muy bien, para un periódico... no tiene interés de ninguna clase.

Sr. D. G. A.—No puedo aprovecharla tampoco.

¡Cascabel.—La vecina, sí, será divina, pero... puede que se lo hayan dicho á estas horas, en unos versos parecidos á los de usted, todos los poetas de su calle.

Lucas.—¿Coplas á lo de Melilla
levantadas, por supuesto?
¡Ay! Voy á echarlas al cesto
y le vendrán de perilla.

Tomilb.—¿La última vez? ¡Qué! No caerá esa breva.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.^o de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

Á corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

HIGIENE DE LA CABEZA



Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.
Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.
Teléfono 834.